



---

## BAJO PROMESA

---



---

# “LA INDIGNACIÓN CIUDADANA RESPONDE A UNA SENSACIÓN DE INJUSTICIA”

---

► Hace pocos días, el equipo de Emilio Sutherland cayó en su propia trampa: la Fiscalía de Puente Alto formalizó a cinco integrantes del programa que transmite Canal 13, por violación de privacidad, tras registrar y emitir imágenes de un domicilio privado sin autorización. En esta columna, su conductor, el conocido “Tío Emilio”, reconoce que los medios de comunicación “tenemos parte de responsabilidad en la sensación térmica que existe” en materia de delincuencia, aunque agrega que “no creo que programas como el nuestro promuevan o motiven” lo que él mismo identifica como “un fenómeno generalizado y muy preocupante de mayor violencia”.

► Por **Emilio Sutherland S.**,  
periodista, conductor de  
“En su propia trampa”.



**H**ace pocos días, para el programa “En su propia trampa”, en la Estación Mapocho encaramos a un pedófilo, un abusador de menores, que contacta a niñas menores de 15 años por las redes sociales. Sin que nos percatáramos, la gente que estaba cerca empezó a prestar atención y luego a agredirlo, primero verbalmente y luego a patadas.

Era una agresividad inusitada, que me sorprendió. Nuestro equipo recibió varios escupitajos y coscachos para salvar al tipo, a quien tuvimos que meter en un taxi, porque había todo tipo de personas muy indignadas.

Creo que la indignación ciudadana responde a una sensación de injusticia, porque la gente siente que los delincuentes gozan de mayor impunidad. Observo un fenómeno generalizado y muy preocupante de mayor violencia, porque ahora las víctimas de robos también están dispuestas a reaccionar más violentamente. La sensación de impunidad llegó a un límite, hizo colapso, y por eso hay ‘linchamientos ciudadanos’ que incluso han terminado con muertes.

No creo en los ‘linchamientos’. Siempre opto por la justicia, porque la violencia siempre genera más violencia. Las ‘detenciones ciudadanas’ son legítimas, pero sin violencia, porque cuando ésta existe pierden su legitimidad y la persona que ha cometido el delito se convierte en víctima.

Observo que a partir de esta sensación de impunidad se está produciendo un fenómeno nefasto, que he visto en otros países de Latinoamérica: la gente desconfía de la justicia, no denuncia los delitos y al final opta por entregar los antecedentes a los medios de comunicación.

A lo mejor como periodista me viene bien recibir datos, pero si analizo el fenómeno desde la comunidad, creo que es negativo, porque se pierde la confianza en lo que nos hace funcionar como sociedad, que organismos como el Ministerio Público, Carabineros o la PDI hagan su trabajo y que los jueces realmente hagan justicia. No es bueno para los medios ni para los periodistas que la gente denuncie con nosotros y no con los tribunales, porque no estamos para hacer justicia, sino para contar fenómenos que ocurren en la calle.

‘En su propia trampa’ busca recoger temas de interés, hechos que preocupan a la gente. Busca la masividad, pero al margen

de ella, las personas también agradecen que les abramos los ojos sobre los delitos nuevos que aparecen.

Creo que los medios de comunicación tenemos parte de responsabilidad en la sensación térmica que existe, pero también que la sociedad tiene derecho a estar informada de estas situaciones. Eso sí, no creo que programas como el nuestro promuevan o motiven esta violencia. Al contrario. Si no existiera el programa habría expresiones más violentas de la gente. Cuando denunciamos a estos personajes, estamos canalizando lo que las personas quieren ver: que reciban una sanción.

No soy experto en justicia, pero conozco un poco lo que pasa en las dos trincheras: la de las víctimas y la de los victimarios. Es un cúmulo de falencias. Las víctimas no confían en la justicia, porque van al Ministerio Público y con suerte los atiende una secretaria que les pide antecedentes sobre el ladrón que los asaltó. Obviamente, el 99,9 por ciento no sabe quién fue. Y en nueve de cada diez casos, luego les informan que la causa pasa a archivo provisional precisamente por falta de antecedentes.

También captó una descoordinación operativa entre las policías y la Fiscalía. A las víctimas les dicen que el delito es tan menor que no vale la pena denunciarlo. Es decir, el propio sistema los empuja a no hacerlo. Si no viste quién te robó ni tienes antecedentes del autor, ¿para qué vas a denunciar? Parece una pérdida de tiempo.

Esto también es nefasto porque afecta a las estadísticas. La percepción es de gran injusticia e impunidad, cuando en la práctica lo que no hay es denuncia y, por lo tanto, la realidad no se refleja en las cifras.

No tengo las herramientas para saber si la delincuencia ha aumentado o es más violenta, pero no tengo la menor duda de que la percepción ciudadana es que ha crecido espantosamente y que hay mayor impunidad. Eso es categórico.

Creo que siempre una indignación como esta germina en un entorno o ambiente que reúne muchos factores para explicarla. Partamos por el Transantiago, que significó algo muy nefasto para mucha gente. Para la gran mayoría de los trabajadores y estudiantes, perder dos o tres horas diarias viajando mal en micro o en Metro es un factor que incide en su estado de ánimo y que va causando indignación.



Me preocupa también que la gente está sufriendo una especie de paranoia. Se está encerrando y enrejando en todos los niveles sociales. Me preocupa el miedo, que es creciente. Año-ro los barrios de antes, donde la gente compartía. He viajado por varios países y me llama la atención que los chilenos somos el país más triste de Latinoamérica. Más allá del miedo, somos trabajajólicos, estresados.

Aunque según algunos estándares vivimos en una sociedad que avanza hacia el desarrollo, eso es una mentira, una utopía. En realidad vivimos en una sociedad muy desigual, donde ‘el chancho está mal pelado’, como se dice. Hay una desigualdad que golpea especialmente a los jóvenes más vulnerables, que no reciben valores y provienen de familias disfuncionales, con padres separados, violencia, hacinamiento.

Esos jóvenes ven en los medios de comunicación un mundo que a ellos no los alcanza y se sienten marginados, desplazados. Y muchas veces para lograr vivir o ser felices recurren a las drogas, desde donde el pasito hacia la delincuencia es muy corto.

No digo que los pobres sean delincuentes. La delincuencia atraviesa todos los estratos sociales, pero estas personas son las más vulnerables, porque enfrentan una situación material de marginalidad en vivienda, alimentación, escolaridad. No tienen las herramientas para definir qué hacer en este mundo tan hostil para ellos.

Un psiquiatra me explicaba que incluso hay un grupo de la población con problemas psiquiátricos que inevitablemente va a llegar a la delincuencia, porque la enfermedad los lleva a cometer delitos. Para ellos no habrá rehabilitación si el tema no se resuelve psiquiátricamente, con medicamentos.

Es un tema muy subjetivo, pero hace 20 años, cuando reportaba policía, los jóvenes vinculados al consumo de droga eran violentos. Ahora siguen igual, pero además tienen mayor acceso a armas y eso puede ser más letal. El factor constante asociado a la violencia es la droga, tanto en mayores como en menores de edad. Entonces, no podemos menospreciar el peligro de los delincuentes, porque la experiencia indica que no hay uno más o menos peligroso que otro, porque cualquiera puede ser igual de violento si hay droga.

Delincuentes más viejos me han dicho que ahora es distinto, porque con la droga se eliminan todos los códigos. “Ahora el

más malo es el que impone más respeto”, me explicaba uno de ellos. Por eso me asusta lo que va a pasar con la marihuana, porque la droga se vincula a la gran mayoría de los actos delictuales y ésta es el primer peldaño.

Hace tiempo que tampoco hago reportajes sobre el tráfico de drogas. No tiene sentido. Cuando denuncias a un narcotraficante y cae en la cárcel, otros diez se disputan su territorio. La pelea no está en denunciar al narco, sino en disminuir la demanda.

Otro desafío potente y relevante es el de los menores que delinquen, porque si no recuperas a un menor que asumió este camino a cierta edad, después difícilmente vas a lograr sacarlo, porque se habitúa al dinero fácil.

Las autoridades han ‘cacareado’ desde hace 20 ó 30 años sobre cómo terminar con este círculo vicioso, pero hay un desafío pendiente con los menores. Hemos fracasado como sociedad en todas las medidas que apuntan a liberarlos del peligro de caer en la delincuencia.

Se me aprieta la guata cuando en el Centro de Justicia veo a chicos que se van muertos de la risa de las víctimas y eso genera más sensación de impunidad y más posibilidad de violencia. Ellos saben que por ser menores por ahora van a escapar del sistema y que no existen las herramientas de la autoridad o del Estado como para tomarlos y llevarlos por el buen camino.

No tengo la respuesta. No sé si es bueno meter a esos jóvenes a la cárcel, porque la experiencia dice que la cárcel es la escuela del delito. Si esos chicos no son malos, adentro los violentan o los violan y, si ya lo son, aprenden otras técnicas y generan contactos para delinquir afuera.

Creo que debería existir alguna forma de reinsertarlos que sea distinta a mantenerlos presos. A través del deporte, de brindarles asistencia psiquiátrica, acompañamiento. Es una pérdida de recursos intentar salvarlos cuando ya están en el camino del delito y saben que se pueden ganar la plata fácil.

No sé quién le pondrá el cascabel al gato, pero sí tengo muy claro que la solución no va por la represión policial, sino por construir un país más justo, por preocuparse de qué pasa con las drogas en los jóvenes. Es un ámbito en que el Estado debe enfocarse y poner los recursos. 🌐